

La Esclavitud del Pecado. Juan 8:31-36; Mateo 24:45-51.

Introducción.

La libertad es un sentimiento vivo, permanente y avasallador del corazón humano. Es la aspiración suprema de los hombres y los pueblos. El hombre siempre y en todas partes ha amado instintivamente a la libertad. Por eso un famoso escritor y orador español dice que la historia del mundo es la historia de la libertad.

Pero en todas partes y en todas las épocas hallamos al hombre esclavizado por la ignorancia, la pobreza, la enfermedad y el pecado. Este último es la peor forma de esclavitud conocida y la madre de todas las tiranías que oprimen los cuerpos y las almas de los hombres.

I La Esclavitud del Pecado (Juan 8:31-36).

Jesús hallábase en Jerusalén, asistiendo a la pintoresca y significativa fiesta de los Tabernáculos, que conmemoraba los cuarenta años de peregrinación por el desierto, cuando el pueblo de Israel tenía que morar en tiendas de campaña.

Aprovechando la oportunidad que se presentaba, había predicado con tal poder, que no fueron pocos los judíos que mostraron visibles deseos de ser sus discípulos. Y sabiendo Jesús que una mera profesión de fe no es suficiente, pues no es más que dar el primer paso, inmediatamente se puso a instruir a los nuevos creyentes acerca del discipulado cristiano. He aquí algunas de sus enseñanzas.

1. El camino de la libertad (31:32).

El requisito imprescindible para ser un verdadero discípulo de Cristo, es permanecer en su palabra; y para permanecer en ella, es preciso conocerla, amarla y vivirla. El cristiano ignorante, o que no siente interés por conocer las enseñanzas del Evangelio, no es un verdadero cristiano.

La libertad es la meta de la vida, pues la libertad es el supremo anhelo de los seres humanos; pero sólo se llega a dicha meta por el camino del conocimiento de la verdad, la Verdad (con mayúscula), que es Jesús. Conocerle es ser libre.

2. La causa de la esclavitud (33:35).

Confundiendo la libertad espiritual con la libertad civil, es decir, la libertad que Dios concede al creyente con la que el estado concede al súbdito o al ciudadano, los oyentes, muy ofendidos, le interrumpieron diciendo, rebosantes de indignación orgullo racial: "Simiente de Abraham somos, y jamás servimos a nadie. ¿Cómo dices tú: seréis libres?"

El orgullo los hacía olvidadizos de su propia historia. Por dos o tres siglos fueron los judíos esclavos de los Faraones en Egipto, casi un siglo de los babilonios en Caldea, y desde hacía muchos años estaban sometidos al duro yugo de Roma. ¡Esclavos de los hombres, y no lo sabían! Así sucede con ~~muchos~~ casi todos los hombres, que siendo miserables esclavos del pecado, lo ignoran de tal manera, que se jactan de ser libres.

Pero Jesús no tenía interés en una discusión de carácter histórico, sino que aprovechó tan arrogante e infundada declaración, para enseñar la gloriosa y casi olvidada verdad de que el pecado esclaviza al hombre. De un modo enfático y sentencioso, dijo a ellos, a nosotros, a todos los hombres: "De cierto, de cierto os

digo, que todo aquel que hace pecado, es siervo del pecado." Y Luego establece un contraste muy vivo entre el siervo y el hijo. Probablemente Jesús tenía presente el caso de Ismael e Isaac, al cual se refiere Pablo en Gálatas 4:5. El pecado produce la esclavitud. Y los privilegios del esclavo son de carácter temporal: "El siervo no queda en casa para siempre."

3. El autor de la libertad (36).

Aunque ya lo había insinuado, ahora lo declara abiertamente: "Así que si el Hijos os libertare, seréis verdaderamente libres."

Su mensaje fué la proclamación de la libertad. Recuérdese el famoso sermón predicado en la sinagoga de Nazaret. Lucas 4:18. Dios, su Padre lo envió a la tierra a dar libertad a los esclavos del pecado.

La historia nos habla de muchos libertadores humanos, en el orden político, social, económico, etc.; pero sólo hay un libertador espiritual: Jesús. (Mateo 1:21) Allí donde El está, está también la libertad (II Corintios 3:17).

La libertad económica, social, intelectual y política casi siempre se ha conseguido a precio de sangre. Y la libertad de la tiranía del pecado ha costado la sangre del mismo Hijo de Dios. I Pedro 2:18 y 19. Sólo cuando Él nos da la libertad, es que realmente podemos considerarnos libres.

II. La Esclavitud del Pecado por el Alcohol. Mateo 24:45-51.

En ~~xxx~~ relación con las enseñanzas de Jesús acerca de su segunda venida y la actitud que deben mantener entretanto sus discípulos, presenta un contraste entre dos mayordomos, uno fiel y prudente, y el otro, todo lo contrario. Este último, dominado por el alcohol, sólo gusta de la compañía de los borrachos, con quienes despilfarra los bienes que el amo le ha encomendado. Y

no contento con esto, se conduce cruelmente con sus compañeros, a quienes le hace la vida intolerable.

El hombre que se deja arrastrar por el vicio del alcohol, no puede administrar lo suyo ni lo de nadie; se descuida en el cumplimiento de sus deberes para con los suyos, a quienes no provee de lo necesario; trata con violencia a los demás, y especialmente a sus hijos y empleados; se junta con la peor clase de gente, con la cual se identifica en todo.

Pero no queda impune. "Vendrá el señor de aquel siervo en el día que no espera y a la hora que no sabe, y le cortará por medio, y pondrá su parte con los hipócritas: allí será el llor y el crujir de dientes." El castigo de la embriaguez consiste en dos cosas: latigazos y exclusión. El bebedor recibe los latigazos de las enfermedades que produce el uso del alcohol: dolor en los riñones y en el hígado, úlceras en el estómago, afecciones cardiacas, delirium tremens. Por otro lado, es excluido de los puestos de responsabilidad y honor, del mundo de los negocios, de las avanzadas del progreso y, sobre todo, del reino de los cielos.

El pecado es el padre de la esclavitud, y el alcohol su más terrible y eficaz instrumento de opresión humana.